

CUENTOS BATURROS
EL PERRO DEL TIO CANUTO



15
CTS

No 1

El perro
del Tio Canuto

POR J. S.



LIBRERIA LITERARIA — Travésera. 9

Barcelona



EL PERRO DEL TIO CANUTO

Erase una mañana fresca del mes de abril. Por el largo camino que conduce al viadante desde Huesca a Zaragoza, marchaba a paso lento un viejo malhumorado con su garrote, apoyo y defensa a la vez.

Cada cinco o seis metros de carretera, parábase; y en el paro decía — ¡Recrópolis! ¿Cómo me apañaría para hacer negocio en estos tiempos de crisis? Y así, una y otra vez parándose y diciendo lo mismo iba acertando el camino, hasta que ¡pum! encontrase con otro viejo que llevaba un asqueroso y raquítico perro, viejo, seco y cuasi corto de talla.

—Salú, compare — díjole el amo del perro.

—Que la haya — contestole el tío Canuto, — mas prosiguió — porque salú sin estar furrau de papelotes de Bancú. ¡Pa otri!

—¿No tie uste pasta?

—Ni pasta ni pisto y a fe que bien quisiera rellenarme, porque estoy cansau de ser pobre.

—Amigo, yo puedo hacer cuasi algo por su mercé.

—¿Oste? ¡quiá! ei paice otro peñao.

—¡Otra que recontra! el paicer no es razón—. Oste

compreme el perrito y el negocio le saldrá a empujones.

exclamó:

—¡Miau! ¿si paice un gato desollao?

—¿Por qué está flacucho y raquítico? mejor, pos por esto lo vendu. Hace muchos días que andamus y andamus, y el pobre se muere de cansancio y quiera que descansi.

—¡Pos vaya negocio, amigo!

—¡Estupendu! si su mercé sabe explotar un misteriu, que tiene y que es de hirencia.

—¡Recontrolis! ¡Un misteriu!

—Sí. Este perrito flacu y pequeñuelo, es un sonámbulo. Habla y dice la buenaventura.

—Esu es una estafa.

—¡Ah! amigo, por la salu del perro, y mía y de todus, que es la pura verdad.

—¿Si? pos ande y que de palique.

El viejo comerciante coje al perro por las delanteras y con voz estertorea le dice:

—¿Estas hambriento, Petronio?

Y el perro hizo como un bostezo de espanto o de miedo, pero, claro, no soltó palabra.

—¡Eh!, cómo contesta — dijo el viejo.

—Ver si, pero oír no.

—Claru, cun la fatiga y la gana, está delilucho y ha perdido las fuerzas. Pero deje, que descanse y coma, que va a paicer a la tía Genicia que hay qui taparle la boca para que calle. Démosle di comer y ya veremos.

—Aceptu la prueba. Vamunus a casa y le daremos alimentu. Peru si hay engaño, habrá que ver.

El amo del perro conformose; y perro, tío Canuto y el viejo emprendieron el camino de la prueba, o sea hacia la casa de Canuto.

*
* *

Hay que saber que el tío Canuto era el avaro más notable de su pueblo y contornos, y a pesar de tener dinero vivía atontado y miserable.

Bien, pues llegados que fueron a casa del tío Canuto, éste, llevose al perro a una galería y le puso un piscolavis que el animal viose delante de un suculento banquete jamás soñado.

—Ahora, dijo el viejo, dejemos al animal que descanse y se nutra y nosotros haigamos lo mismo mientras charlemos.

—¡Recontra! ¿Otru banquete?

—Por hay, esu es; ochu horas de andar sin comere ni beberre ¡ay!

—Pus tome agua.

—Mijor es vino con acompañamientu de tocinu, comu pur haicer salivica.

El tío Canuto que no las tenía todas con lo del misterio del perro, dióle al viejo vino y unas miajas de lomo, pero la curiosidad le tenía preocupado y dijo al viejo:

—¿Oiga, amigu, cuandu oiremus hablar al animalicu?

—Ahora mesmo.

—El viejo y el tío Canuto trasladaronse a la galería en que estaba el perro. El viejo contento y el tío Canuto creyéndose víctima de un timo.

—¡Petroniu!, gritó el viejo.

—¿Qui hay mi amo? contestó el perro amablemente. El tío Canuto sin poderse contener acercose más, intrigado y cuasi convencido.

—¿Qui tal t'asentao el banquete?

—De primera, gracias a la bondad del inmenso señor Canuto, que es el superhombre.

—¿Pos este perrico tiene adentru algún vivo? preguntó escamado el baturro, medio asustado y a la par escamado.

—¡Oh! dijo el viejo — Este perrico lleva dentro el alma de Napoleón tercero, que venció en un sitiú y murió embargau... de pena.

—Buenu, buenu, pero, sino responde más que a su mercé, ¿qué hagu yo con él?

—El perico contesta a todú el mundo que li habla con cortesía.

El tío Canuto ya no sabía por donde andaba, al fin interroga al animal.

—¿Sabrás tu si tindré dinero?

—Le tienes, contesta el perro.

—Y seré más rico.

—Sirás rico y tindrás dinero, según lo que dés y me trates. Sinó todú lo perderás

—Pues yo te digo, que no ti faltará nada.

—Pos así serás muy rico y vivirás muchos años.

—Ya ves que es un portentú, dijo el viejo.

—Si, amigo, estoy encantau, ¿cuanu quiere por este animalicu?

El viejo no era otra cosa que un notable ventriuloque que hablaba a maravilla con su especialidad. Comprendida la cosa, continuemos.

—Se lo vendu pur seis onzas oru, precio fiju.

—¿Seis onzas pur un perru ridiculu?

—He dichu, precio fiju.

—Y el perro contestó, es decir el viejo, haciendo ver que era el perro. — Déselas, que lo valgu, pus uste será muy rico, con el misteriu de la adivinación que tengu.

—Bueno, dijo el tío Canuto, doy la metad y basta de combinaciones.

—¡Petronio! dijo el viejo llamando al perro — amos de aquí y dejemos a este tío araña.

—Aun no, contestó el perro, ya lus dará ya.

—Vamus pues, contestó el tío Canuto, ahí tienes las seis onzas oru, precio fiju.

—¿Dime, amigo, que hei que hacer con Petronio? preguntole el tío Canuto, al viejo, mientras lo despedía.

—Pos, na, qui coma, discanse y qui duerma.

—Todo se hará, que bien lo merece la bestia con alma de presona.

El viejo largose satisfecho por el buen negocio, con el pensamiento de ir comprando perros y repetir el juego con incautos y tontos. Y por si acaso desapareció

rápídamente de la casa del tío Canuto, como era de suponer.

El tío Canuto más contento que unas pascuas, fuese prontamente a comunicar el notición a los vecinos, la primera conversación túvola con la Nicasia, mujer del veterinario.

—Hola tío Canuto, qui no trabajamos.

—Nunca — Soy ricu.

—Toma todos lo sabemos.

—Ahora soy más ricu que todus.

—Ha sacau il gordu.

—Nicasia, pior quel gordu.

—Quedu pasmada.

—Tengu a Nipolion en casa.

—¿Nipolion?

—¡Nipolion tercero! que venció a unos, enredó a los otrus, y murió embargau...

—¡Reontra! ¿quién es ese feninomeno?

—Un perricu.

—¿Un pericu y Napolion? No entiendo.

—Sí, Nicasia — Es Napolion que vive en un perrico.

—Esu es del esperitismu.

—Esu. Pos, el perrico, habla, adivina y canta.

—¡Tío Canuto! Uste ha empinao.

—No, Nicasia, lu que te digo, es la verdad pura y limpia. Mañana lu vereís todo el pueblu, y seré alcalde, obispo, gobernador y auguacil, si el perricu quiere.

La pobre Nicasia quedose atónita y perpleja, creyendo que el tío Canuto estaba loco o borracho.

*
* *

Pasaron días y cuando Canuto creyó que el perro ya habría comido y descansado lo bastante, creyó oportuno interrogarle y hacer la primera experiencia. Pero, primero pensó que el sitio no era el más apropiado para un personaje como el que tenía en su casa, y lo quiso trasladar a una habitación bien amueblada o sea el comedor. Hecha esta determinación acercose al perro y agarrándole por el hocico díjole:

—Anda conmigo, amigo, calladito y sumiso.

El paciente animal, lo siguió hasta la habitación preparada. Entonces díjole con voz solemne:

—¡Petronio! Adivina cuanto ganaré.

La bestia abrió los ojos, movió las orejas, y ...na. ¿qué había de decir

—¡Petronio!—dijo el tío Canuto—¿qui no me oyes?

El perro, púsose en cuclillas... apretó... y dejó algo en el suelo.

—¡Reontra! no mi contesta y aun se c. en mí — ¡So bestia!

El tío Canuto desconcertado no sabía que actitud tomar. Pero volvió a insistir sin resultado.

El perro miraba por doquier sin pena ni gloria. Y el viejo avaro, amoscado y disgustado volvió el perro al lugar de antes.

Mientras volvía a sus habitaciones, decíase:

—Soy un becerro — Hi de aprender a hablar con las presonas.

*
* *

Llegó el día siguiente y muy temprano fue a visitar al perro el cual no había dejado rastro de comida. Un poco indignado exclamó:

—¡Ricontra! y como comen los grandes hombres.

Y volvió a llenarle el plato de carne, huesos, jamón, etcétera.

El perro volvió a comer. El tío Canuto contemplaba exático como el animal comía; al último exclamó:

—¿Hablami un poquitu Petronio?

El perro sea porque estaba distraído con el ágape o sea porque no le conviniese, lo cierto es que calló y siguió comiendo. El buen Canuto esperó media hora más hasta que Petronio o sea el perro de marras hubo dado fin al succulento festín.

—Bueno, Petroniu, me paice ser hora de qui tengamus conversación.

El perro seguía con su mudez ¡claro!

—Señor Petronio ¿quiere Vd. hacerme el favor de icirme algo?

El perro mudo. Entonces pensó Canuto en cambiar el tratamiento.

—Señor Nipolion: Tengamos unas palabrejas, qui tengo ganas de oír a usia.

Nada, el perro impasible no le miraba, ni abría el hocico.

El infeliz Canuto, cansado de tanta insistencia, pensó en tomar una seria determinación, y fue en busca del viejo que le vendió el famoso perro parlante.

*
* *

En la calle cercana un corro de vecinos le esperaba.

—Albricias, tío Canuto, díjole uno.

—¿Ya ti han nombrado alcaide? decía otro.

—Pue que pronticu.

—Ya sabemos que tienes un perro adivino, que habla y canta.

—Si esu es.

—¿Y di dónde has encuntrau esa joya?

—Rincontra, que pesaus sois.

—Vuestra merced perdone, no pisamos ofenderli.

—Bueno basta. Decidme, ¿habeís vistu un viejo con barbica, seco y morenu.

—Me paice está en la taberna del Pancraccio.

—Alli voy.

—¿Qué es un allegau del perru ese viejo?

—No te importa a ti un cominu.

—Perdone usia, señor menistro.

Todos los vecinos estaban esperando la solución del pleito. El tío Canuto hecho una furia encaminose a la taberna de Pancraccio. Allí entró furioso, encontrándose frente a frente con el viejo de marras.

—¿Qué li trae usia por ahí? preguntole el viejo del perro.

—Pos que el Petronio no charla ni pa Dios.

—¡Ca! no puede ser; si es un charlatán de marca.

—Es la verdad, Petronio, no habla.

—Algu ha pasau. Y tenga cuidau, porque ya sabi

oste lo que dijo, y todo el porvenir de oste depende de la bestia.

—Peru estu es verídico.

—Probau.

—Pos vengamus a casa, no sea que nus pase algu gordu.

—Convengo en venir, pero antes sepamos que han hechu con el perru.

—Pos, primeru lo sequé del corral y lo llevé al comedor.

—Esu está bien ¿Y dispues?

—Le dije: Calladitu y sumiso.

—Ha metiu oste la pata hasta el ombligu.

—¿Comu?

—Si le diju que callara ¿cómo hablaría el animalicu!

—Reconopolis, li hecho buena.

—Metió oste la pata, lo dije y así es.

—Ya hi está hecho el mal, soy un bestia animal.

—Vamonos a su casa y lo arreglaremos.

—Así sea, buen hombre, porque estoy en ascuas.

—Confíe en mí que lo arreglaré bien.

No pasó mucho rato en que el tío Canuto y el viejo ventrilocu se encontraran en el corral al lado del perro que ya estaba más gordito y lustroso. Así que vió a su antiguo amo empezó a ladrar y dar saltos que daba gusto verlo. El tío Canuto creyose que decía algo en otro lenguaje y atreviose a interrogar al viejo de marras.

—¿Qué, habla el animalicu?

—¡Ay! que habla ¡le maldice a osté!

—Peru eso es ladrar.

—¡Quiá! lo que está más infadau que no pue más.

—Poc que no si enfade, y que no mi pierda.

—Oste lo ha di hacer.

—Y que hi de hacer.

—Dejarlu quietu, — Qui hable cuando guste y si no quiere, paciencia.

—Bueno, bueno, lo haré así mesmo.

—Ahora li preguntaré si li ha pasao el disgusto.

—Pregunte, pregunte.

—Petroniu — ¿t'has disgustao?

—Que esi tío es un lila — dijo el perro, es decir el viejo ventríflico.

—Yo lila ¡ay! pronunció Canuto.

—¿Qué te ha hecho el señor Canuto?

—Me dijo, calla ¡callar jo que soy Nipolion!

—Perdón, perdón, no lo haré más — gritó Canuto.

—¡Qué se calle este besugo! — gritó el perro.

—Perdón, perdón, repetía compungido Canuto.

—Dime Petronio que más te hizo.

—Me agarró del hocico y se me llevó al comedor y como había comido judías tenía flato y con el movimiento me escapó algo... no muy oliente, y este señor Canuto, me dijo: ¡qué bestia! ¡qué bestia!

—Sí esto ya lo se, Petronio.

—Ay de mi, que estoy sofocado y voy a perder la chaveta, gritaba el perro.

—No, no y no, no te pierdas, — exclamaba el tío

Canuto — estoy convencido de que he sido un bestia y pido me perdonis del to.

Y el imbécil del tío Canuto acercose al animal y empezó a besarle como un alocado. El viejo ventríluco mientras tanto, pensaba en buscar solución y salir del apuro en el trance que se había metido.

El tío Canuto desvivíase en acariciar y besar al perrito y ofrecerle cosas, y decirle que le daría bizcochos, chokolatines, chulatas de ternera, etc., pero el perro decía — Nain.

—¿Quieres tocino

—Nain.

—¿Quieres langosta?

—Nain.

Y ca, no había manera de entenderse. Entonces el viejo de marras terció en el asunto por qué había ya encontrado la ideica para solucionar el problema. Habíase metido en un lío de padre y señor mío y claro que había que salirse bien, de lo contrario la ira del tío Canuto descargaría encima de él un escándolo de garrotazos. Y ahí va la ideica.

Como habíase percatado de que el tío Canuto tenía un miedo atroz a arruinarse lo mejor era aprovecharse de este miedo y ganar la partida.

El avaro del tío Canuto no se movía del lado del perrito y ahora un beso, ahora un abrazo, ahora un mimo, tanto llegó a importunar al inocente animal, que éste harto ya, le arreó un mordizco asáz fuerte

que a no ser por la rápida intervención del viejo, la cosa hubiera sido de fatales consecuencias.

—Señor Canuto, veo claro que Petronio le tiene mal de ojo. Es decir, Petronio no, sino Napolion que vive dentru de él. — Li tiene ojeriza.

—¡Dios mío! que pena.

—Yo miraré di arreglarlo, convencerlo. Déjeme hacer a mí.

—Haga lo que quiera.

—Como el cariñu viene con el tiempo, que se quee Petronio y yo me largo, y... ya li vindrá el cariñu.

—Aceptu. Le trataré mejor qui yo.

—Adios Petronio.

—¡No te vayas mi amo! dijo el pero lloriqueando.

—Me voy y te queas con el señor Canuto que es una buena presona.

—No, no, no quiero quidarme.

—Quédate, Petronio.

—No, porque es un tío avaro y roñoso.

—Ma dicho que no li será.

—¡No!

—¡Sí!

—¡No!

—¡Sí!

—¡Es mu malo!!

—Lo seré Petronio.

—¡No!

—¡Sí!

—Bueno, basta ya, me largo y te deajo con él.

—Si me dejas mi vuelvo loco y conmigo el tío Canuto y será pobre.

—¡Recóncholis! gritó Canuto — Esu si que no lo permitu. ¿Si te vas cun tu amu no ti alocarás y yo seré siempre ricu?

—No mi alocaré y serás ricu.

—Señor comerciante, — dijo Canuto, — llévese usted a Petronio y too en paz.

—Ande pues, vente conmigo Petronio. *

—Ausi, ausi, lléveselo y que no s'aloque.

Piro yo nu quiero pierdu las onzas, — dijo el avaro Canuto.

—Comu lo haré para divoverlas.

Entonces el perro habló de nuevo, diciendo:

—¡No le de nada!, es un malo, un malo, no se las dé, que me vuelvo loco.

—Ande con él, y no quiero nada. Este animalicu me acabaría la paciencia.

—Señor Canuto, nos retiramos. — Addio.

Y cuenta la historia que el tío Canuto cada vez que veía un perro mirábale con cuidado, y decía: — Re-
contra con los perros, si todos son Petronios.

La avaricia suele castigarse así. Y no es cuento, que es verdad.



EXTRACTO DEL CATALOGO

Cornelia Borquies

o los Misterios de la

Figuras Wagnerianas

Los Idolos de la

Perdido entre Placas

El Hombre mono y sus

T. 828535

F. 207. F-207

R. 139539

CB. 3621290

5

EXTRACTO DEL CATALOGO

Cornelia Bororquia	1'—
o los Misterios de la Inquisición	
Figuras Wagnerianas	2'—
Los Idolos de la Multitud	2'—
Perdido entre Fieras	3'—
El Hombre mono y sus mujeres.	3'50